

Del sentimiento trágico del almuerzo

Del convencimiento de que la belleza fue siempre anémica y de que es la sobriedad la más recta senda hacia la virtud nacen tal vez mis prevenciones gastronómicas, prevenciones que ahora, a propósito de algunos chismes de alcoba que me cuentan, revalido.

Ya desde niño fui inapetente y melindroso. Veía yo con una bien cierta extrañeza cómo aquellos mis semejantes, familiares y extraños, amigos y adversarios —dueños, todos ellos, de un estómago sin confines, como el océano—, adoraban fanáticamente al becerro guisado y oficiaban en su honor tres ceremonias diarias. Yo nunca, ni entonces ni ahora, he sin embargo procurado ni he cabalmente comprendido los deleites del estómago y del paladar, órganos que a mi parecer son —viscera uno y tejido glandular el otro— infame residencia de cualesquiera pasiones humanas.

La causa de tal actitud ha de buscarse entre las doctrinas que indujeron mi muy temprana religiosidad. Aun antes de mudar los dientes, en efecto, ya concebía yo piadosamente que el camino hacia la espiritualidad purísima pasaba por el ayuno y, en general, por todo ejercicio de abstinencia. Y lo que tal vez entonces, en el origen, en los momentos de mi nutrición primera, fuera una disciplina moral

y un arte, pronto devino en disfuncionalidad digestiva y en arte aplicado.

Me hablan, en estas semanas calurosas del verano, de dos matrimonios rotos, de dos divorcios. Ambos por la misma causa, que el juez seguramente no llegará a conocer (ni a valorar, por lo tanto, en los considerandos de su sentencia), pero que los desenamorados cónyuges exhiben sin demasiado pudor en reuniones privadas: los ruidos de la masticación del demandado (sentimental, que no judicialmente) se habían vuelto ya intolerables para el demandante. Que es como decir que nada pasó, que no hubo razones, pero que el amor se fue y que, ido ya, tampoco quedan causas ni excusas razonables para continuar sobrellevando las humanas materialidades ajenas. Que no quedan ya sentimientos suficientes, en fin, para sublimar la defecación, la sudoración corporal, el oloroso aliento y la expulsión de gases.

Los dos matrimonios (o los cuatro divorciados) son antiguos amigos míos. No pocas veces he tenido ocasión de compartir con ellos veladas gastronómicas, por lo que puedo dar fe de las buenas maneras sociales de los acusados: mastican con la boca cerrada, se limpian los labios antes de llevarse a ellos la copa de vino, no ponen los codos sobre la mesa y no son, por demás, fanfa-

rrones pantagruales. Pero la cuestión, como habrá podido adivinar el lector, no es existencial, sino esencial, y su meollo habrá de buscarse en la substancia trágica del almuerzo.

Y es que Lucifer, admítase, tienta con tenedor de oro. O lo hacía, al menos, hasta el advenimiento de la *nouvelle cuisine française*, a mi saber el primer movimiento culinario de inspiración cristiana, cuyos más reputados maestros debieron de ser sin duda grandes místicos, apóstoles de la frugalidad y la medida. Sus muy escasas raciones, que nos dejan al final del ágape más hambre de la que a él trajimos, nos recuerdan que esto es un valle de lágrimas y que al placer que acaba de celebrar el cuerpo sigue siempre, indefectiblemente, el dolor de su interrupción y la insatisfacción de su poquedad. Un sentimiento trágico que, si no es el de la vida, es su metáfora más certera.

Los chismes de alcoba que me cuentan, en cualquier caso, me entristecen y me devuelven a reflexiones pasadas. Y me viene a las mientes, entre el marasmo de amargos pensamientos, que habría que corregir tal vez la liturgia del matrimonio para invocar los verdaderos enemigos del amor y tener advertidos a los amantes de los males que les aguardan; habría que decirles a los esposos: «Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hambre.»

Luis G. Martín